

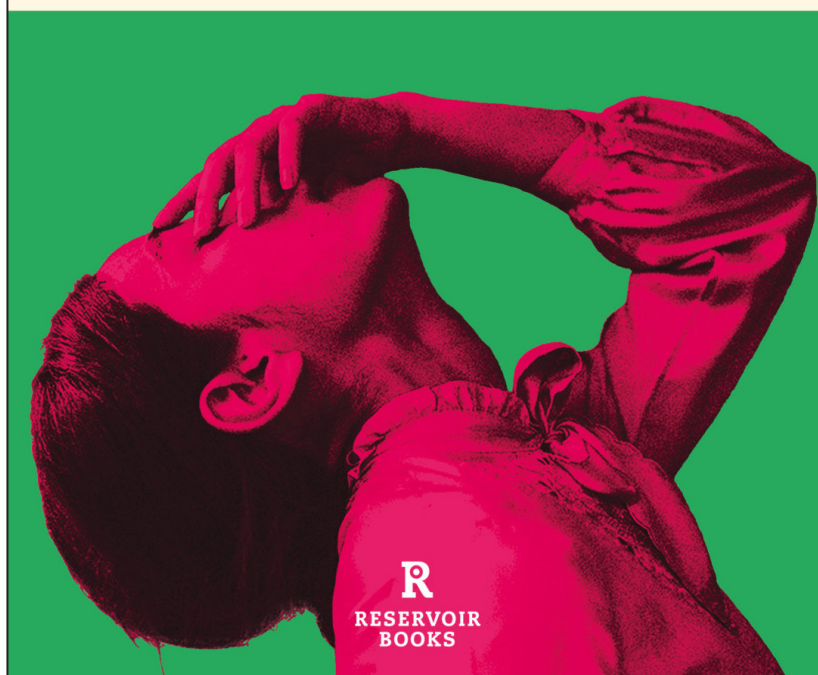


## Guía de lectura

**Aria Aber**

# GOOD GIRL

Una novela noctámbula



Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

En el universo *underground* y artístico berlinés, donde el techno y las drogas palpitan en antiguas naves industriales, Nila lucha, a los diecinueve años, por entender quién quiere ser. Hija de un matrimonio de médicos afganos que huyeron de Kabul antes de que ella naciera, se ha criado en un bloque brutalista de vivienda social, entre grafitis de esvásticas, desempleo, vecinos que la observan con recelo y unos padres que, después del 11-S, tuvieron que aprender a ocultar aspectos de sí mismos para evitar los insultos y el acoso. Tras educarse en un internado en el que nadie conocía sus verdaderos orígenes, Nila regresa a casa decidida a huir cuanto antes

del gueto que tanto la avergüenza. Su madre ha muerto, su padre desaprueba su conducta rebelde y ella, magnetizada por la filosofía, la fotografía y el sexo, solo quiere sumergirse en la vida nocturna de una ciudad en la que aún se pueden palpar las marcas de las guerras del siglo XX.

Su refugio para escapar de su vida real es un club legendario al que ella llama el Búnker: una mole de acero, vidrio y hormigón donde puede bailar, vagar en libertad, drogarse y perderse entre su tribu sin temor a ser juzgada. Una noche, mientras espera a una amiga en la barra de una de las pistas, conoce a Marlowe Woods, un escritor estadouni-

dense de treinta y seis años, cuya fama en la escena berlínesa viene dada no tanto por su exitosa primera novela, sino porque siempre lleva speed para repartir entre el séquito de amistades que lo siguen. Veinte minutos después, se están drogando juntos en el cubículo de un lavabo mugriento, y cuando él le pregunta de dónde es, ella responde, casi sin pensarlo, que sus padres son griegos: una mentira mucho más fácil de sostener que la verdad de la que huye. Desde esa noche, que termina en el loft de él, Nila queda atrapada en la órbita de Marlowe, arrastrada por el magnetismo del escritor y la mezcla salvaje de deseo, rabia y vergüenza que late en ella. Las señales de peligro, sin embargo, están por todas partes: él la dobla en edad; tiene novia, aunque los términos de esa relación no están claros; se muestra dominante y controlador; y le advierte que, a su lado, ella se echará a perder. Nada de eso detiene a Nila, que ha vivido suficiente como para saber que una chica puede entrar en cualquier sitio. Salir, ya es otra cuestión.

Comienzan así una relación asimétrica, unidos por el arte, las drogas, las noches en vela y el deseo de herirse que corre por debajo de su desesperado hedonismo. Él le abre a ella las puertas de un Berlín que en nada se parece al bloque deteriorado de viviendas donde la espera, tras días enteros fuera de casa, la mirada decepcionada de su padre. Con descaro, Nila se aleja del ideal de «buena chica» que le transmitieron sus padres, al mismo tiempo que a través de su cámara réflex, Kafka y las raves busca una voz propia y un modo de dotar de sentido a una existencia que ya no tiene a qué aferrarse. Su historia de amor con Marlowe, entre tanto, deviene un vínculo desquiciado y dañino, y la violencia de él se manifiesta a la par que en Alemania aumenta la tensión racial y una ola de odio golpea con brutalidad a su barrio y a su comunidad. Es entonces cuando, después de un año huyendo de sus orígenes y de su futuro, Nila se detiene para reunir los pedazos de sí misma que perdió por el camino, preparada al fin para descubrir su identidad.

## CLAVES DEL LIBRO

Nacida en Alemania, en el seno de una familia de refugiados afganos, Aria Aber creció entre las historias de la diáspora en Afganistán y una educación alemana que la introdujo, entre otras cosas, en la poesía de Rilke y una tradición literaria occidental donde fue encontrando sus referentes. La experiencia de habitar entre dos realidades que colisionan y se contaminan mutuamente está en los cimientos de su poemario *Hard Damage*, una obra publicada en 2019, y galardonada con el Premio Prairie Schooner, que explora la migración, las secuelas de la guerra, el desarraigo y una vida que transcurre entre lenguas, culturas, paisajes familiares

que nunca se han visitado y grandes urbes europeas en la que se es siempre una extranjera. Retomando estos hilos, Aber teje un puente entre su poesía y un debut novelístico, nominado al Women's prize 2025, que trasciende los tópicos de la narrativa del exilio para contar la historia de una joven que se pierde y se busca a sí misma en las pistas de baile, los lavabos de los clubes y las calles e interiores de una ciudad diversa, donde los refugiados sobreviven bajo mínimos en los guetos de viviendas de protección oficial, mientras una filántropa organiza una gala benéfica para rescatar a los perros callejeros de Afganistán.

Novela de formación oscura y salvaje, *Good Girl* es, al mismo tiempo, un brutal retrato del Berlín contemporáneo y del odio hacia el otro. Un odio que viene de lejos y se extiende silencioso, casi por goteo, por la ciudad y un país entero. Puede tomar la forma de una esvástica en un muro, una mirada amenazante, una pregunta incómoda, una agresión o el autodesprecio de una chica que, en cuanto sale de su barrio, finge ser otra: griega, colombiana, española; cualquier cosa menos una musulmana criada a medio camino entre la tradición afgana y la emancipación occidental. Dice Nila, una narradora de voz desafiante, que su nacimiento debe entenderse como «la consecuencia de una larga cadena de sucesos geopolíticos». Lo reconozca públicamente o no, su existencia está atravesada por la convulsa historia de un territorio en el que más de un imperio se vino abajo y más de una familia debió emprender la vía del exilio.

Para sus padres, dejar Afganistán supone perder profesiones, privilegios y una lengua; y descender al inframundo de los refugiados, con sus laberintos burocráticos, su precariedad, sus barreras lingüísticas y la consciencia, dolorosa y diáfana, de que la «vida normal» ha quedado atrás, sepultada en un país vandalizado que los ha expulsado. De su infancia en la colmena de Gropiusstadt, en el barrio de Neukölln, la protagonista guarda una serie de recuerdos; imágenes por entonces desconcertantes, incluso divertidas que, vistas en perspectiva, revelan su carga trágica: «resultaba cómico, ver a aquellos afganos tan formales meterse en el ascensor de un bloque de viviendas de

protección oficial, verlos entrar en la oficina de empleo. Mi madre, con un abrigo de pieles de segunda mano, en la cola del banco de alimentos. Eran reyes y reinas exiliados de un mito, varados en la orilla de esa tristesse alemana». Entre los muros grises del bloque de viviendas, y ante la imposibilidad de ejercer su profesión y hablar alemán con fluidez, los padres son poco más que un hombre y una mujer a la deriva en una ciudad extraña: figuras desvalidas y traumatadas que proyectan en su hija sus aspiraciones y la memoria de lo que ellos alguna vez fueron. La hija, entonces, no es sólo el presente —un ancla legal que les permite obtener la residencia en Alemania—, sino también el futuro, algo que ella comprende tardíamente, cuando su padre le explica que su nombre viene de un río que pasa por Kabul y desemboca en el Indo.

A través de los recuerdos de Nila, la novela se adentra en la cotidianidad de los guetos de refugiados y retrata vidas dislocadas, yendo de la expresión de tristeza de la madre y la sensación de derrota del padre a detalles cotidianos, aparentemente insignificantes, que contienen en sí toda la dureza de la vida en una ciudad vertical que crece dentro de otra, en los márgenes brutalistas del estado de bienestar. La pesadumbre que envuelve al mundo de los padres, sin embargo, no está ligada solamente al desarraigo y la pobreza. El impacto de los atentados del 11-S resuena en una novela que indaga en cómo, a partir de aquel día funesto, los exiliados afganos deben aprender a pasar desapercibidos ante la mirada occidental: correr cortinas, mentir si hace falta, hacer oídos sordos a las burlas y los

insultos, e intentar no levantar sospechas que, en verdad, los preceden. Nila crece no solo a la sombra del trauma del exilio, sino también de los prejuicios y una xenofobia que, con el correr de los años, pasa de la agresión verbal al crimen y los actos de violencia contra la población musulmana radicada en Alemania. Las acciones de Clandestinidad Nacional-socialista, una organización terrorista de extrema derecha, forman parte del paisaje de infancia y juventud de una chica para la que una cabeza rapada significa algo políticamente mucho más peligroso y, si se quiere, menos folclórico, que para Marlowe, incapaz de calibrar el riesgo que entraña invitar a dos neonazis a tomar speed en su casa.

En ese ambiente hostil, el racismo de los otros, poco a poco, cala también en la protagonista, hasta volverse desprecio hacia el mundo de su familia y su comunidad y, en definitiva, odio dirigido hacia sí misma. En Nila, esta sensación comienza a ganar fuerza cuando es la única chica de pelo negro en un internado para la burguesía católica alemana. Comprende entonces que sus padres y ella se están distanciando sin remedio, y que no puede sentirse en casa en Gropiusstadt ni tampoco en aquel colegio para niñas ricas: «como tantos otros hijos antes, me convertí en una exiliada de mí misma», dice. En tanto hija de inmigrantes, la suya, también, es una existencia atravesada por el desarraigo y, ante todo, por la vergüenza, ligada, por un lado, a sus orígenes afganos, y por el otro, a la pobreza. La humilla su bloque de viviendas y las paredes cubiertas con grafitis, la mugre acumulada en los espacios comunitarios,

las bolsas del Aldi que carga su madre, la falta de expectativas que flota en el ambiente, los chicos árabes trapicheando en el parque, su tío conduciendo un taxi por Berlín y cada uno de sus vecinos, sean afganos, turcos o skinheads en el paro. De todo eso escapa, por un lado, leyendo a Kafka, Goethe y Büchner con voracidad adolescente, y a su vez, mintiendo a sus amigas: Nilab se deshace de la «b» de su nombre y se reinventa bajo una identidad mediterránea más occidental y, en consecuencia, menos incómoda que, en parte, ella misma termina creyendo.

Tramar mentiras y controlar el relato de su vida la salva de la vergüenza, pero no solo eso: la empuja cada día un poco más lejos de un gueto al que, sin embargo, no le queda más remedio que volver. Entre lo que finge ser y su vida real se abre entonces una brecha insostenible que solo puede pasar por alto a base de MDMA, anfetaminas, sexo y techno: aquello que sus padres condenan pero que el *underground* berlinés está dispuesto a ofrecerle sin juzgarla. Puede que, como dice su amiga Anna, la escena nocturna de la ciudad no sea más que un cliché bohemio: algo divertido, pero tan poco real como las mentiras de Nila. Eso, sin embargo, no tiene demasiada importancia para una joven que necesita desesperadamente una vía de evasión que la catapulte al placer y, de allí, a la posibilidad de descubrir quién quiere ser y cómo debe mirar el mundo para convertir en arte lo que su cámara enfoca. Para ella, vagar por las pistas del Búnker —trasunto del célebre Berghain— es un acto que tiene una parte de hedonismo y otra de disidencia ante

la ley paterna; y desde ese lugar conecta con Marlowe, un escritor que se aferra a la idea de que no trabajar es un gesto de rebeldía frente a la ética capitalista, mientras finge no estar cayendo en desgracia, destino común de tantos expatriados en una ciudad donde vienen «a morir los sueños de todo el mundo». Al igual que las raves y el Búnker, Marlowe le brinda a Nila la oportunidad perfecta de desafiar a su padre y encontrar su propio camino fuera del gueto. Cuando el estadounidense le dice que podría «echarla a perder», esa advertencia sella un deseo que viene de la adolescencia: convertirse en una chica mala, es decir, en alguien capaz de traicionar cada una de las expectativas que sus padres proyectaron en ella. Cada clan tiene una maldición, dice Nila, y ella, incapaz de interpretar el papel de chica buena, viene a ser la de una familia patriarcal y celosa de su reputación.

Su atracción por el lado más salvaje de la vida, junto con su juventud y el desprecio que la atraviesa, forman una mezcla explosiva con el narcisismo, la frustración y la violencia de Marlowe, conduciéndolos a sostener una relación cada vez más obsesiva y tortuosa. Aunque, a diferencia de sus padres, ella domina la lengua alemana, no tiene Dios, ni tradición ni un lugar de pertenencia al cual aferrarse, y es esa falta de asidero la que la lleva a perderse, equivocarse y buscar el modo de dar sentido a su existencia. Puede que crea encontrarlo inhalando gas de la risa en un lavabo, pero ese sentido, como todo en el Búnker, demuestra ser efímero: una ilusión más que cede paso al desencanto que la her-

mana irremediabilmente con su barrio. Que la fiesta puede irse de las manos es algo que Nila acaba entendiendo gracias a la violencia que se cuela en su vida, y a su amigo Eli, figura clave en el proceso de aprendizaje y redención de una joven que pasa un año debatiéndose entre la rebeldía, la mentira y el temor a reunir todas las piezas que conforman su identidad. Atraída, desde la adolescencia, por la obra de Franz Kafka, Nila lo cita con frecuencia y, a punto de abandonar los estudios universitarios, se inscribe en una asignatura dedicada a él, titulada «Literatura menor». En una novela de una autora de origen afgano que escribe en inglés, su tercera lengua, no resulta casual la referencia a Kafka ni, mucho menos, el guiño a un concepto acuñado por Deleuze y Guattari en relación al uso del alemán, una lengua mayor, por parte de un escritor judío, una minoría en el Imperio austrohúngaro.

Bajo la superficie de una historia de aprendizaje que se trama sobre el trasfondo del *underground* berlinés, Good Girl muestra que lo individual enlaza con lo político, y en la construcción de ciertas mentiras o en la elección de un idioma hay mucho más que una expresión personal. Con ese inglés en parte extraño, que no es la lengua madre ni tampoco la de la educación formal y la burocracia del país de acogida, Aria Aber compone un debut intoxicado y poético que evoca la noche, el deseo, la vergüenza y todos los contrastes de una ciudad donde el desencanto puede conducir al placer en una pista de baile o alimentar un odio capaz de resucitar a los peores fantasmas europeos.

## LOS PERSONAJES

### **NILAB HADDADI (NILA)**

La narradora de esta historia es una chica de diecinueve años que nació en Berlín poco después de la reunificación alemana. Para sus padres, Nilab fue, primero, un ancla para aplazar la deportación y, más tarde, la intérprete que los ayudó a moverse dentro de la opaca red de la burocracia alemana. Para ella, en cambio, tanto sus orígenes afganos como el gueto de inmigrantes y vidas precarizadas por el exilio, son un duro estigma. Gracias a una beca y a la ayuda de sus tías, accede a un internado católico para niñas en el que, además de descubrir su amor por la literatura occidental, puede quitarse la «b» final de su nombre y fingir que es otra: griega, colombiana, italiana o española. Allí conoce a Anna y Romy, amistades que perduran; se enamora de una chica, tiene sus primeras experiencias con las drogas y el sexo, y comprende que inventar identidades y evadirse de su realidad es la única forma de poner distancia con el gueto. Dos años después de perder a su madre, Nila quiere ser fotógrafa y se ha matriculado en Filosofía e Historia del Arte solo para obtener beneficios de estudiante. El poco dinero que gana trabajando en un bar no le alcanza para independizarse de su padre, pero sí para comer pizzas baratas con sus amigos y pasar noches enteras en el Búnker, donde siempre se las ingenia para que los porteros la dejen entrar y para conseguir drogas gratis. Marcharse a estudiar arte a Londres sería una manera de cumplir su deseo de abandonar Berlín y comenzar una vida nueva lejos de la mirada vigilante de la familia, pero cuando varias universidades la admiten, conoce a Marlowe y sus sueños juveniles quedan en suspenso.

«Después de la muerte de mi madre, hacía dos años, mi padre dejó de limpiar la casa. Pero lo que más me asustaba de esos momentos no era la maraña de pelos en el lavabo, o aquel batiburrillo de frascos y servilletas sueltas y guantes quirúrgicos desperdigados por todas partes; era que desaparecía todo el mundo y regresaba aquel ruido palpitante dentro de mi cabeza, y no era el techno de antes o las voces de mis amigas, sino un rumor tan antiguo que estaba ahí desde siempre, desde antes de que yo naciera, y con el que en algún momento debí de sintonizar pero del que ahora, en casi ningún momento de la vida, no podía desconectar».

### MARLOWE WOODS

En el Búnker todos saben quién es el estadounidense de metro noventa que lleva una chupa vieja de cuero. Con poco más de veinte años se consagró como nueva promesa de la literatura norteamericana gracias a una primera novela, *Ceremonia*, que se tradujo a varios idiomas. Su fama en la escena *underground* berlínesa, sin embargo, le viene porque siempre lleva consigo papelas de speed y está dispuesto a convidar a todo aquel que se sume a su círculo. Llegó a Berlín desde California a finales de los años noventa, y se fue quedando en la ciudad, atrapado por la noche, los DJs, las sustancias y la ilusión de convertir la fiesta en un acto de disidencia frente al capitalismo y la cultura de la productividad. En su apartamento, al igual que en el de cualquier expatriado soltero, hay techos altos, discos apilados en el suelo, dos platos Audio-Technica y una mesa de mezclas Pioneer: una escenografía que poco tiene que ver con los interiores de las torres de hormigón donde creció Nila, y que para él resultan tan deprimentes como los taxistas que conducen por la ciudad. Puede permitirse el loft, la música y las noches de fiesta gracias al anticipo que cobró por un libro sobre arquitectura social que no está escribiendo al ritmo previsto. A los treinta y seis años, aunque intente convencer a sus amantes y amigos de lo contrario, no es más que una estrella en declive: un escritor bloqueado y narcisista que tiene problemas con las drogas y una relación tóxica con las mujeres.

«Entonces hubo un ruido estridente, fuertísimo, como si mil alarmas de incendios sonaran en mis oídos.

—Va, vamos, nos tenemos que ir ya. —Marlowe me agarró no de la mano, sino de la muñeca (recuerdo ese gesto inusual) y me condujo a través de la turbia masa danzante, a través de gente cuya expresión se iluminaba con cada fogonazo de las luces estroboscópicas, cara tras cara, como en una fotografía. Me guió por la escalera más cercana, a través de grupos de hombres vestidos de cuero y mujeres con vestidos de gasa y brillantitos hasta que llegamos a la

puerta y, dejando atrás a los cíclopes, dejando atrás el paseo de la vergüenza de la gente que se había quedado fuera, salimos al aire gélido de la madrugada y nos metimos en un coche, y aunque no tengo ni idea de si tardamos un minuto o diez, sé que ninguno de mis tíos conducía el taxi».

### EL PADRE (KARIM)

Desde que huyó de Afganistán, la vida del padre de Nila ha ido cuesta abajo. En Kabul estudió medicina y frecuentó círculos de intelectuales y familias acomodadas, pero al llegar a Alemania, adonde ya habían emigrado sus hermanos, tuvo que resignarse a empleos temporales para poder sobrevivir, desde un McDonald's hasta el taxi de su hermano Rashid. La frustración, la pérdida de estatus social y el estigma causado por el 11-S han endurecido su carácter, comportándose como un déspota con su esposa y su hija. Pese a que siempre ha defendido un término medio entre la tradición musulmana y la emancipación occidental, la buena reputación de su familia es un valor al que no está dispuesto a renunciar, y su obsesión por la buena conducta lo lleva a sentir una enorme decepción ante Nila, en la que tanto él como su esposa depositaron todas sus esperanzas de salir adelante en el extranjero. Siempre le gustó viajar, pero la viudez y la creciente tensión racial que se vive en la ciudad lo han ido aislando hasta al punto de no querer salir casi nunca de casa.

«Al salir de casa, mi padre cogía el llavero y cerraba la puerta por fuera como un conserje. Ni una sola vez le oí decir una palabra sobre Marlowe, ni sobre los hombres en general. Si me dirigía la palabra, encorvado sobre su taza de té frío frente al televisor, era con sequedad y resignación. Me daba lástima, aquel viudo tan apegado a las zapatillas verdes que le había regalado cuando era solo una niña. La huella oscura en las plantillas. Mi padre me había enviado a un colegio bilingüe con la esperanza de que algún día llegaría lejos y me iría a vivir a Estados Unidos, el país de sus sueños. Cuando lo vi en el pasillo, con aquella mirada cansada, pensé en Kafka escribiendo sobre su padre, en que la distancia entre ambos era una cuestión de temperamento, una ruptura irresoluble de la que ninguno tenía la culpa. Y por fin rompí la trinchera que nos separaba. Trepé a través de la maleza quemada de mi niñez y lo abracé. Mi padre, alto y flaco, con mechaz plateadas en el pelo, las cejas que yo le peinaba y le recortaba.

No me dejó hablar, pero nos quedamos allí unos instantes, dos figuras abrazadas en el pasillo oscuro. Padre e hija, tocándose sin violencia».

### LA MADRE (ANAHITA)

Sobre su madre, como ocurre con su padre, Nila sabe poco. Ignora, ante todo,

cómo fue la vida en Kabul de esa mujer que se ha mostrado demasiado neurótica y dura con ella, y ha llegado, incluso, a usar la violencia física como método de disciplina. Cuando Nila tiene dieciséis años, Anahita muere a causa de una trombosis, dejando en ella una sensación de vacío y dolor de la que no consigue desprenderse, aunque finja indiferencia hacia su familia. Una de sus tías, y también su padre, la ayudan a recomponer el retrato de una mujer con un pasado de activismo político en Afganistán, que tiene que mentir y renunciar a su profesión para poder salir de Kabul, demasiado tarde ya para ser recibida en Alemania tan solo como inmigrante y no como una refugiada a la que se le cierran muchas puertas. Ese pasado desconocido se entrelaza con los recuerdos de infancia que guarda Nila: su madre haciéndose pasar por francesa; vestida con elegancia en la cola de una oficina pública; paseando de su mano en un mercado o mirándola, hermosa y rota, al otro lado de la cámara.

«De camino a casa se detenía frente al escaparate de una tienda de antigüedades cerrada, hipnotizada por la lámpara escarchada, el espejo dorado ovalado. La lámpara iluminaba el rostro de mi madre con un halo parecido al de esos iconos ortodoxos que cuelgan los rusos en las paredes de sus casas. Su abrigo malva, aquella cara redonda de labios carnosos. Incluso con las profundas ojeras, era hermosa, con una belleza torturada, cercana a la muerte, que me asustaba. Mi madre no estaba ensimismada en su reflejo, sin embargo, sino en la lámpara, o en algo que había detrás de aquella lámpara algo en el futuro o en el pasado que a mí se me escapaba. Y yo sabía que no podía romper el ensueño, o se enfadaría. Así que me ponía en un ángulo desde el que no podía verme a mí misma en el escaparate, solo la aparición de mi madre, aquella mujer con una vida interior secreta, a la deriva en nuestra extraña ciudad. Más tarde, cuando empecé a fotografiarla a ella, o a otra gente, creo que intentaba calcar esa escena: una mujer con una pérdida insondable grabada en los ojos».

### ELIAS ZENELI (ELI)

A Eli no le gusta hablar de su familia y siempre intenta alargar la noche un poco más, como si no quisiera volver a casa. Quizá sea eso lo que une a Nila con este joven de origen albanokosovar al que conoció durante los años del internado y sigue frecuentando en Berlín, donde Eli estudia. Él, un par de años mayor que Nila, suele mostrarse protector con su amiga, y a menudo comparten amañecer en el metro, los auriculares del MP3, partidas de ajedrez en los lugares más insólitos o, simplemente, un instante de quietud en medio de la fiesta: momentos en los que ella experimenta una conexión íntima, honesta, que hace que su amistad sea única, y también ambigua. Tras trabajar en el guardarropas

del Búnker y pasar demasiadas noches en clubes y raves, Eli comienza a fantasear con una vida más sosegada: la normalidad a la que aspiraban sus padres, refugiados de guerra, de pronto no parece algo tan despreciable. A medida que se abre paso hacia una relación estable y se aleja de una existencia intoxicada, intenta sacar a su amiga de una espiral de autodestrucción que, paradójicamente, puede conducirla al autodescubrimiento.

«—¿Qué te gusta de ella? Aparte de que sea el vivo retrato de Scarlett Johansson, claro.

—Sí que se le parece, es verdad. —Eli empezó a rascar círculos en la tierra, luego se levantó para estirarse. Se apoyó en el tronco del árbol, arqueó el cuello—. Lee de todo, le interesan las noticias. Y la teoría. Y hace trabajos comunitarios, y... no sé. Yo no quiero seguir con esta mierda del Búnker para siempre, ¿sabes?

—Es muy lista, es cierto. Insoportable, la verdad.

Me tumbé bocarriba, contemplando el conjunto de hojas que formaba las copas de los árboles. Alguien gritó que venía la policía, pero cuando volví la cabeza era solo uno de los borrachos del puesto de comida. Arrastraba un oso de peluche gigante. Llevaba los vaqueros caídos, enseñando la raja del culo.

—¿Crees que los demás nos ven así? Eli se echó a mi lado.

—Huy, siempre.

—¿A qué te referes —pregunté, observando la lenta danza de las hojas— cuando dices que quieres algo más que esto?

Eli exhaló un suspiro.

—Quiero lo que quiere todo el mundo. Una casa adosada. Una mujer, dos hijos y un perro».

### DOREEN HÜBNER

La novia oficial de Marlowe es Doreen, una estudiante criada en las afueras de Hamburgo que está especializada en Kafka y se identifica como marxista-leninista. La relación con Marlowe, como ella misma dice, es complicada, y se retuerce todavía más cuando Nila entra en escena y los tres forman un triángulo intoxicado del que Doreen, poco a poco, se aparta. Con Nila comienza teniendo un vínculo signado por la rivalidad, pero entre la noche y los cursos sobre Kafka, consiguen entablar una amistad que tiene hondura intelectual, aunque vuelve a estar atravesada por la tensión y la competencia cuando entre Eli y Doreen surge una complicidad inesperada.

«—No sabía que estudiabas literatura alemana —me dijo.

—Ah, no. Es solo que amo a Kafka.

—Otro hombre que las dos amamos. —Tenía que reconocérselo, era graciosa. Alargó los brazos, llenos de pulseras, por encima de la mesa y me tocó la mano—. Y por lo visto vamos a tener que acostumbrarnos a compartir.

No pude sacudirme la sospecha de que había sacado la frase de una película. Era la primera vez que me sentaba cara a cara con ella, sobria de verdad, y podía examinarla a mis anchas. Sabía que la observaba y se quedó absorta mirando su taza. Llevaba purpurina en los párpados, además de un poco suelta sobre la mejilla. Estaba guapísima, con la piel tersa y un lunar debajo del ojo derecho. Un arito acentuaba su preciosa nariz. La única pega que le encontré era aquella boca ancha, de dientes caballunos.

—¿Le quieres? —me preguntó con un suspiro.

—¿Qué dices? Si acabo de conocerlo. —Me arrepentí de decir eso; debería haberlo negado hasta la saciedad.

—Eso no significa nada. —Aguardó un instante, como esperando a que añadiera algo más—. ¿Sabes? Cuando conocí a Marlowe, me hizo lo mismo. Engañó a su última novia conmigo. Probablemente sea el karma. ¿Te ha hablado de ella?».

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Nila es la narradora de una historia que transcurre en el Berlín contemporáneo, entre clubes de techno, bloques de viviendas de protección oficial, bares de shisha y lofts de expatriados. ¿Cómo influye que la novela esté narrada en primera persona? ¿Cómo describiríais la voz de Nila? ¿La consideraríais una narradora fiable?
2. La acción principal transcurre cuando Nila tiene diecinueve años. En la novela, sin embargo, hay saltos en el tiempo que permiten reconstruir la vida de la protagonista y, también, fragmentos de las vidas de sus padres. Pensando en el pasado, Nila dice que su nacimiento fue «la consecuencia de una larga cadena de sucesos geopolíticos». ¿Qué nos dice esta frase respecto a la historia de Nila y su familia, y a los límites entre lo personal y lo político?
3. En el Berlín de Nila, aún reverbera el pasado, desde los fantasmas de la RDA y el nazismo hasta las heridas mal cicatrizadas de la reunificación. ¿Cómo se retrata la ciudad? ¿Cuál es la reflexión que se hace acerca de la memoria histórica? ¿Y acerca de la memoria familiar? La experiencia de los padres en Afganistán, ¿atraviesa a Nila?
4. Los padres de Nila se han visto forzados a emigrar, teniendo que rehacer sus vidas como refugiados en Europa tras dejar atrás no solo una cultura, sino también sus profesiones y una serie de privilegios. A diferencia de ellos, su hija, nacida en Alemania, se ha educado entre la cultura de acogida y las tradiciones familiares afganas: dos mundos que no logra conciliar. ¿Cómo se abordan el desarraigo y la integración en la novela? ¿Qué significa el desarraigo para los padres? ¿Y para Nila? ¿Por qué, habiendo nacido en Berlín, no se ve a sí misma, ni es vista por los otros, como una alemana? ¿En qué lugar la sitúa su rechazo a la tradición afgana y la imposibilidad de integrarse plenamente en la cultura alemana?

5. En Alemania, la familia de Nila se ve inmersa en una situación de precariedad. La barrera lingüística, la dificultad para conseguir empleo y la falta de recursos económicos merman la estabilidad emocional y la seguridad de los padres, que a partir de los atentados del 11-s, deben lidiar, además, con el estigma de sus orígenes afganos. ¿Cuál es el impacto que un acontecimiento como el 11S tiene en Nila? ¿A través de qué escenas o detalles se ilustra la xenofobia creciente en Alemania? ¿Qué dice la novela respecto al racismo y cómo los prejuicios se extienden y replican, de manera más o menos velada, en los diversos estratos de una sociedad? ¿Qué hace Nila con estos prejuicios?
6. Cuando Nila ingresa en el internado católico y tiene la oportunidad de tomar distancia de su hogar, decide quitarse la «b» final de su nombre y reinventarse bajo identidades occidentales que, en el contexto europeo, resultan menos incómodas. Fingir ser otra es un acto que resulta liberador para la adolescente. ¿Qué la impulsa a mentir? ¿Es un modo de alejarse de sus orígenes? ¿La mentira es una expresión de autodesprecio?
7. Entre el desarraigo y el racismo, en Nila crece un fuerte sentimiento de vergüenza que entronca con la voluntad de mentir. ¿Cómo se refleja en la novela la vergüenza social? ¿Está ligada a los orígenes afganos? ¿O es también una cuestión de clase? ¿Nila es la única en la familia que experimenta el sentimiento de vergüenza? ¿Qué ocurre con sus padres?
8. La historia que cuenta Nila comienza dos años después de la muerte de su madre. No es mucho lo que la protagonista sabe sobre esta mujer, ni tampoco lo que deja traslucir acerca del duelo. ¿Cuál es el impacto que esta pérdida tiene en Nila? ¿Pensáis que el duelo es un motivo que recorre la novela de manera subterránea? ¿Cómo se vincula Nila con la memoria de su madre a medida que va conociendo más detalles de su biografía? ¿La madre es un referente para ella? ¿Y qué sucede con el padre? ¿Cómo es la relación con él desde la muerte de la madre?
9. En el internado, Nila encuentra en la lectura un refugio que es, al mismo tiempo, una forma de huida de su realidad. Cuando regresa a Berlín, se sumerge en la escena del techno. ¿Qué representa para ella un espacio como

el Búnker? ¿Es un lugar de pertenencia, una vía de evasión, una forma de rebelión o una trampa? ¿Sus amigos se vinculan con el club, las drogas y la vida nocturna de la misma manera que ella? ¿Qué buscan estos jóvenes en el *underground* berlinés?

10. El encuentro entre Nila y Marlowe en el Búnker marca el inicio de una relación tortuosa, signada, entre otras cosas, por las diferencias de edad, orígenes y clase. ¿Qué busca Nila en Marlowe? ¿Cómo definiríais el vínculo?
11. Cuando se conocen, Marlowe le advierte a Nila que podría «echarla a perder». ¿Qué significa esta frase para ella? ¿Y qué nos dice acerca de Marlowe? ¿Cómo interpretáis las dinámicas de poder entre ellos? ¿Y qué ocurre con el machismo? ¿Bajo qué formas se manifiesta a lo largo de la novela?
12. Nila inicia su aventura con Marlowe mientras él aún tiene una relación con Doreen. Las dos chicas entablan un vínculo cercano a la amistad que se tuerce cuando Nila se sincera respecto a su relación con Marlowe. ¿Qué simboliza Doreen en el mundo de Nila? ¿Cómo contrastan los dos personajes femeninos?
13. En la vida de Nila hay varias amistades. La amistad con Anna y Romy, sin embargo, no es sencilla y a menudo ella se siente sola. ¿Por qué su vínculo con ellas es complejo? ¿Y qué ocurre con Eli? ¿Qué rol juega este personaje en la novela?
14. Nila aspira a ser fotógrafa y sus conversaciones con Marlowe, muchas veces, giran en torno al arte y la creación. ¿Qué significado adquiere la fotografía para Nila? ¿Cómo conecta con su deseo de controlar su propia narrativa? ¿Qué sentido o función le atribuyen al arte los personajes?
15. Nila echa la vista atrás para evocar el pasaje de la adolescencia a la juventud, ¿pensáis que es una narradora que cae en la autocompasión? ¿Se retrata como una víctima o es un personaje que asume sus decisiones y errores?

16. *Good Girl* es, en gran medida, una historia de aprendizaje que se trama sobre el trasfondo del *underground* berlinés. Después de un año turbulento en el que hay drogas, sexo, techno y una relación tóxica, ¿cuál es la evolución que traza Nila? ¿Cambia algo en ella? ¿Cuál es el motor de su transformación?
  
17. Hacia el final de la novela, el padre le explica a Nila el origen de su nombre. ¿Cuál es el sentido simbólico de esta historia? ¿Ella consigue verse reflejada en su nombre y en sus orígenes? ¿Cómo interpretáis el desenlace?

## LA AUTORA



© Nadine Aber

**ARIA ABER** nació y creció en Alemania y actualmente vive en Los Ángeles. Su primer poemario, *Hard Damage*, ganó el Prairie Schooner Prize y fue publicado por University of Nebraska Press en 2019. Antigua becaria Stegner, ganadora del Premio Whiting 2020 y actual

candidata al doctorado en la USC, sus poemas han aparecido en *The New Yorker*, *New Republic*, *The Yale Review*, *Narrative* y *POETRY*. *Good Girl* es su primera novela, nominada al Women's Prize for Fiction 2025.

## DECLARACIONES DE LA AUTORA

---

«Me interesa mucho lo que impulsa a un personaje a cambiar: lo que lleva a su momento de revelación, a la confirmación de un conocimiento que siempre ha sentido o sospechado, pero que no quería aceptar como cierto. Esto fue lo que impulsó la creación de Nilab».

«Quería crear *Good Girl* como una novela de contradicciones: envejecimiento y juventud, amor y odio, amistad y romance, arte y política, capitalismo y marxismo. Y también como una novela de sociedades paralelas: la sociedad paralela de inmigrantes y refugiados dentro de una ciudad como Berlín, y la sociedad paralela de ravers dentro de las esferas contraculturales de los clubes nocturnos y las sesiones nocturnas. Nilab era el personaje perfecto porque es una persona que cambia de forma y cambia de código: puede moverse con fluidez de una habitación a otra y diagnosticar las similitudes y tensiones entre ellas».

«Nilab proviene de una familia política y, tras huir de ella, termina en un grupo de amigos políticos. Aun así, ella misma se mantiene apolítica hasta el final; no quiere aceptar que esas circunstancias la han afectado, no quiere mirar la herida, porque hacerlo le obligaría a cambiar de vida».

«El carácter obsesivo de la narrativa se debe a que Nilab consume anfetaminas durante gran parte de la historia, lo que le provoca una visión de túnel psicológica. Intenté recrear eso en prosa, centrándome en su hiperfijación con Marlowe y, por extensión, en el estilo de vida que él representa».

«Esta historia trata de muchas cosas: relaciones tóxicas, abuso de sustancias, amistades confusas, duelo por un padre, despertares políticos. Son experiencias compartidas por todo el espectro humano. La novela es una carta de amor a Berlín; después de todo, la historia no podría haber sucedido en ningún otro lugar».

«Berlín fue el hogar de Walter Benjamin, albergó el búnker del Führer, fue dividida en dos por la República Democrática Alemana y ahora alberga algunas de las comunidades de inmigrantes turcos y árabes más grandes de Europa. Amo esa ciudad, con su historia indómita y melancólica, con su diversidad y rebeldía. Berlín es uno de los pocos lugares

del mundo donde me siento como en casa. Para mí era importante escribir sobre su belleza, y no solo sobre su violencia».

Abril, 2025. Entrevistada por Feroz Rather. Public Books

«En algún momento pensé en escribir una novela en verso; sin embargo, eso habría llamado demasiado la atención sobre la forma, sobre la ruptura del verso. Quería mantener una sensación de realismo para el lector, dedicar más tiempo a la historia, pero también creo que hay un gran aspecto subconsciente en la escritura, y la forma se te presenta sola y simplemente tienes que seguirla. En este caso, fue una novela. Pero también he dicho en otra parte que creo tener una disposición más novelística que poética. Lo que quiero decir con esto es que a menudo miento también en mis poemas. La verdad emocional está ahí, pero me desvió mucho de los hechos cuando escribo, incluso pequeños poemas líricos».

«Al crecer como hija de refugiados en Alemania, [escribir en alemán] es como si habitara en una fuerza opresora porque esa es la lengua del gobierno, la lengua de la burocracia y la educación. Siempre, como Kafka, me sentí un poco extranjera en ese idioma, aunque lo dominé desde muy joven. Siempre experimenté una sensación de conflicto entre el farsi y el alemán. Pasar al inglés, a este territorio desconocido, me permitió reinventar mi identidad como escritora, sin que se viera eclipsada, creo, por el dolor que el alemán me causa, y también me permitió ser innovadora en la construcción de mis frases».

Entrevistada por David Naimon. Between the Covers Podcast

«Quería escribir un libro sobre una joven afgana que intenta encontrarse a sí misma en una gran ciudad europea, porque no me había topado antes con ese tipo de relato. Por supuesto, las convenciones de mi libro ya son comunes en la literatura contemporánea, especialmente en Alemania (chica triste va a Berghain y se enamora de un hombre tóxico), pero los matices de mi propia posición subvierten el tópico que tanto me interesaba. Además, cuando me inspiré para escribir el libro leía principalmente a autores como Jean Rhys, Marguerite Duras y James Baldwin, porque los tres logran seguir a protagonistas exiliados a la deriva en una ciudad europea. La sensibilidad poscolonial y de mediados del siglo XX fue muy relevante para mi propia experiencia como hija de refugiados afganos».

«Mi mentora, la ya fallecida Louise Glück, solía decirme que la cualidad que más buscaba en la escritura era la sensación de que el lenguaje está “vivo”. Nunca lo he olvidado. Creo que hay muchas maneras de interpretarlo, tanto estética como filosóficamente, pero sobre todo pienso en la “vitalidad” como un corazón real que late bajo la escritura, ya sea un poema, un texto de no ficción o una novela. Hay que asumir riesgos con el propio medio, que para quienes escribimos es el lenguaje mismo».

Entrevista realizada por la organización del Women's Prize

«En la ficción literaria, cuando nos encontramos con un narrador en primera persona, suele ser increíblemente reprimido. Escribí un personaje un poco opuesto: alguien que creció en un hogar reprimido, pero que anhela el exceso y la intensidad, es increíblemente impulsivo y toma malas decisiones una y otra vez. Es fácil poner a un personaje como Nila en situaciones completamente absurdas y complacientes. Quería ese tipo de protagonista porque crea una conciencia que se presta a este tipo de cultura de drogas y clubes».

«He tenido conversaciones en clubes que fueron muy reveladoras y que aún recuerdo. En Berlín, se ha normalizado esa cultura porque el coste de la vida es muy bajo y las drogas, sobre todo las baratas como las anfetaminas y el speed, son muy fáciles de conseguir. Se ha convertido en una especie de sociedad paralela. Muchos se enorgullecen de tener un componente contracultural o revolucionario en su esencia, pero en realidad son solo orgías de hedonismo sin valor político. Es un entorno paradójico donde todos se unen, y supongo que las drogas son el democratizador definitivo».

Enero, 2025. Entrevistada por Kyle Dillon Hertz. *Interview Magazine*

## LA CRÍTICA HA DICHO

«La batalla feroz entre la identidad cultural de una joven afgana y su anhelo de libertad. [...] Profunda e innovadora, *Good Girl* es un libro imprescindible».  
*The Guardian*

«Abrid *Good Girl* por cualquier página y os engullirá su belleza magnética y la forma en la que el deseo se abre paso a través de las grietas de la desesperación».  
Ron Charles, *The Washington Post*

«Se parece de una manera inesperada y gratificante a varios clásicos del género —Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister de Goethe o Jane Eyre de Charlotte Brontë—. [...] Poderosísima».  
Anahid Nersessian, *The New Yorker*

«Un coming of age sorprendente. [...] Un éxito total».  
*Publishers Weekly*

«Deliciosa y apremiante. [...] La descripción del deseo —hacia los amantes, el arte y una vida diferente— es muy conmovedora».  
*Vogue*

«Asombroso, cautivador y convincente: [...] una revelación».  
*Harper's Bazaar*

«El *coming of age* que debes leer y que vibra igual que los bajos de un baffle berlinés. No pierdan de vista a Aria Aber».  
*Glamour*

«Una lectura vertiginosa [en la que] cada frase brilla con luz propia y cuya textura visceral confirma que detrás de *Good Girl* tenemos a una auténtica poeta».  
*Los Angeles Review of Books*

«A caballo entre *Una educación* y *En el camino*, Aber nos ofrece una novela cautivadora escrita con herencia oscura y aplomo poético».  
*The Irish Times*

«Una odisea por el mundo *underground* de la cultura de club berlinesa con todo lo salvaje de la juventud, los excesos y el autodescubrimiento».  
Service95 (plataforma de estilo de vida de Dua Lipa)

«Un debut maravilloso, me ha encantado. [...] Felicidades por este precioso logro, Aria Aber».  
Sarah Jessica Parker

«Luminosa. Una historia muy tierna sobre la identidad y el autodescubrimiento».  
*Elle*

